

EL OBLATO Y LOS POBRES

10 Diciembre 1982 - Carta - Cotabato, Filipinas

No tengo padre. - Qué espera el pobre de nosotros. - Testimonio de los oblatos de Asia Oceanía.

L.J.C. et M.I.

Antes de dejar las Filipinas, deseo rendir homenaje a todos los oblatos de la región Asia-Oceanía y compartir con vosotros mis impresiones.

Estas impresiones son para mí como una larga meditación, cuyo tema me fue brindado por dos frases escuchadas a los dos días de mi llegada a Manila. Era el 18 de noviembre. Un Padre me llevó a visitar una escuela muy pobre. Gracias a la generosidad de los bienhechores, él asegura allí los costos de varios alumnos que de otro modo no recibirían ninguna educación escolar.

No tengo padre

Al final de la visita, me fue presentada una joven maestra de unos 20 años que vivía en el barrio y deseaba que yo fuera a visitar y bendecir a un miembro de su familia, paralizado a causa de un accidente. Era un barrio de 'squatters' (ocupantes ilegales). Ella me condujo entre las casas, por el terreno húmedo y a veces de piedra en piedra para no hundirnos en el barro.

Creando que el enfermo era su padre, le pregunté: "¿Desde cuándo está paralizado su padre?" Ella me respondió: "No es mi padre, es mi hermano menor iyo no tengo padre!". Me enteré entonces de que su padre había abandonado a la familia hacía varios años, dejando a la madre con 8 hijos pequeños. A medida que nos acercábamos, sintió necesidad de decirme: "Sabe, Padre, vivimos en un cuchitril". Era verdad.

Estas dos frases: No tengo padre y Vivimos en un cuchitril, me vienen sin cesar a la mente desde hace dos semanas. Siento todo el drama que encierran esas palabras. En Asia como en otras partes del mundo, miles y miles de personas experimentan cada día esa miseria de la extrema pobreza material y todos los sufrimientos morales que de ella se derivan.

Qué espera el pobre de nosotros

Estos pobres ¿qué esperan del sacerdote y del oblatos?

Seguramente, que les manifieste mucha estima, respeto y amor. Deben percibir que cuentan para nosotros y merecen toda nuestra atención. Es el punto de partida para darles confianza en sí mismos y ayudarles a ser conscientes de su propia dignidad. No era otra la actitud del Padre de Mazenod al dirigirse a los pobres de Aix: "Mis hermanos, mis queridos hermanos, mis respetables hermanos..."

Esperan también que el sacerdote, el oblatos, les lleve la presencia de Dios y que les revele la grandeza que poseen a los ojos de la fe. "Venid a aprender de nosotros - decía también el Fundador - lo que sois a los ojos de la fe... Sois los hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo... sois, en cierto modo, dioses..." Y si son cristianos, esperan del sacerdote que les dé a Jesucristo repartiéndoles la Eucaristía. Tienen derecho a los sacramentos de la Iglesia.

Esperan asimismo de nosotros que les ayudemos a salir de su miseria por todos los medios, por "cuantas obras de celo puede inspirar la caridad sacerdotal"(Prefacio). Esto comprende las obras de beneficencia, de educación, de atención médica, de desarrollo; comprende también la promoción de la justicia, la ayuda y el apoyo que les podamos brindar, como sacerdotes y religiosos, en sus esfuerzos por acceder a condiciones de vida más humanas.

Esperan igualmente que seamos fieles a nuestra vocación. La confianza que ponen en nosotros y el cariño que nos muestran se deben ante todo a nuestro sacerdocio, a nuestra vida religiosa

y al testimonio de bondad y de virtud que han dejado nuestros predecesores. Ven en nosotros algo más grande que nosotros. Siempre les produciría una herida interior profunda el comprobar que ya no somos fieles a la gracia que habitaba en nosotros y que constituía una parte de su propia riqueza.

Testimonio de los oblatos de Asia Oceanía

En todos estos aspectos, nuestros hermanos de Asia-Oceanía nos ofrecen admirables ejemplos, con frecuencia a través de condiciones de vida muy difíciles, tanto en Filipinas donde hemos vivido tres semanas maravillosas, como en los otros países de la Región que tuvimos la suerte de visitar.

No olvidamos tampoco al oblato más aislado de Asia, el único que está en Laos, a quien por desgracia no podemos visitar. Este oblato me escribía el año pasado:

"Que estas pocas líneas sean el signo de nuestra unión profunda en el Señor y su Madre Inmaculada, que tanto ha hecho por nuestra Congregación y por mí, su pobre hijo. Gracias a todos vosotros, a todos mis padres y hermanos oblatos, por el cariñoso apoyo que es como un salvavidas para este pequeño oblato que trata de guardar el equilibrio en la punta de la pértiga. Que María os guarde y os guíe; que ella sea también mi estrella y mi alegría" (8 de diciembre de 1981).

Para la Congregación, las provincias y delegaciones de Asia-Oceanía, a pesar de la situación precaria de algunas de ellas, son una fuente de alegría y de gran esperanza. Dan testimonio del Evangelio. El Espíritu, a su vez, suscita en algunos jóvenes de esos países el deseo de alistarse con nosotros. Doy por ello gracias al Señor y le pido que fortalezca esas comunidades, las haga crecer y las mantenga en la serenidad, el amor a los pobres y la confianza.

¡Ojalá ellas, con su testimonio, nos afiancen a todos en nuestra vocación misionera!